

Un cuento de primavera

Juan
José
Hoyos

El libro estaba en un rincón de la biblioteca, en el cajón izquierdo, junto a los novelistas rusos, y yo pensaba que se me había perdido. Lo encontré porque llevaba varios días buscando un cuento de León Tolstoi para regalárselo a un amigo. Es un cuento hermoso y amargo sobre la cantidad de tierra que un hombre necesita. Un cuento de invierno, diría yo.

Pero los libros parecen vivos y tienen sus mañas. A veces se esconden por años. A veces, cuando uno menos piensa, reaparecen. El libro de Tolstoi decidió esconderse, y éste, uno de Anton Chejov, reapareció de la nada como si un mago lo hubiera sacado de un sombrero. Abrí sus páginas y vi que estaba subrayado. Pensé: debí haberlo leído hace más de veinte años porque no he vuelto a rayar los libros. Mientras tanto, la lluvia de noviembre aporreaba sin compasión los vidrios de las ventanas de mi casa.

Los ojos rojos del hombre de la portada me asustaron. Detrás encontré un sello: “Librería La Anticuaria. Ayacucho. No. 47 – 46”. El libro se abrió en la página 16, en una frase subrayada con lápiz: “¡Qué bien, qué espléndidamente se sienten las personas sencillas!”. De inmediato recordé la historia. Sucedió en abril o mayo, cuando en los campos la nieve aún no se había derretido pero las almas gritaban saludando a la primavera. El protagonista era Makar Denísich, un joven que trabajaba como secretario y administrador de una hacienda de un general retirado del ejército imperial. El muchacho ganaba dos veces el salario de un jardinero, usaba camisas de cuello blanco, estaba bien alimentado, fumaba tabacos finos y cada que se encontraba con el general podía estrechar su mano blanca, sin hacer venias, como cualquier invitado a una de sus fiestas.

Pero, a pesar de todo, el joven era desdichado. Siempre estaba callado. Sólo pensaba en sus libros. Quiero decir, los libros que leía y los que soñaba escribir. Porque Makar tenía muchos libros en su habitación y escribía, escribía..., cada tarde, cada noche. Después de la comida. En la madrugada, mientras los demás dormían. Sus papeles los guardaba en el fondo de un baúl, con sus pantalones, sus chalecos, sus pañuelos y sus píldoras. En un rincón, también guardaba una pila de revistas literarias que le habían publicado algunos de sus cuentos.

En el cuento de Chejov, en algún momento, se oye la voz del general que saluda a Makar desde el carruaje en que ha salido a pasear por la ha-

cienda con su pequeña hija: “¡Maravilloso clima! ¡Todo un día de primavera! ¿Dando un paseo? ¡En busca de inspiración, supongo!”.

Luego, el viejo, tirando de las riendas de su caballo, le habla al joven escritor de un cuento que ha leído esa mañana, mientras tomaba el café: “Ah, muchacho, ¡qué bella cosita he tenido entre mis manos! Una insignificancia de sólo dos páginas; pero, ¡qué encanto! Lástima que no sepa usted francés; se la daría para que la leyera...”. Y mientras el general narra la historia, Makar la escucha incómodo, como sintiéndose culpable de no ser el autor francés que la escribió.

Chejov, que cuidaba cada línea de sus cuentos como un cirujano, cuida la línea de corte del bisturí en la piel de un paciente anestesiado, se gasta varias páginas mostrando a Makar caminando lentamente por un sendero, con un sobretodo azul, un sombrero de peluche y un bastón. Cuenta cómo da cinco pasos, se detiene y mira al cielo. Mientras tanto, el jardinero contempla el renacer de las hojas de los árboles en las ramas todavía secas, con las manos en las caderas, y el cazador sonrío con insolencia adentrándose en el bosque. Makar anda encorvado, tose con timidez y parece de malhumor, como si la primavera pesara sobre él, sofocándolo con su belleza.

Sin darme cuenta, estaba leyendo el cuento al revés. Me devolví una página. La frase que había subrayado hacía años decía: “Hay que evitar cualquier contacto con las musas en primavera”.

La frase cayó sobre mis hombros como el aguacero que ahora hacía temblar los vidrios. Por mi mente pasaron muchos años a una velocidad de vértigo. Recorrí con los ojos una, dos, las cinco páginas del cuento, y entonces leí otra frase que tenía la misma marca ya envejecida de ese lápiz de mi época de estudiante de periodismo: “El egoísmo de autor es una enfermedad del alma; quien la contrae ya no oye el canto de los pájaros, ni ve la luz del sol ni la primavera; con sólo tocarlo levemente en su punto débil, todo su organismo se contrae por el dolor”. Chejov dice que Makar se ha contaminado de esa enfermedad mientras cuenta cómo sigue su camino, atraviesa el jardín y abre una verja para descender a la carretera llena de lodo.

Por un instante recordé el año en que había leído el cuento por primera vez: era el mismo año en que decidí abandonar en forma temprana, según mis maestros, mi carrera de escritor, para dedicarme al periodismo.

Entonces me dije, cerrando el libro de Chejov: en primavera hay que evitar cualquier contacto con las musas. Y en invierno, también. Y seguí buscando el libro de cuentos de Tolstoi. ■

Juan José Hoyos (Colombia)

Corresponsal de *El Tiempo* y colaborador de varias revistas y periódicos del país. Ha publicado las novelas: *Tuyo es mi corazón* (Planeta, 1984) y *El cielo que perdimos* (Planeta, 1990); los libros de crónicas y reportajes: *Sentir que es un soplo la vida* (Editorial Universidad de Antioquia, 1994) y *El oro y la sangre* (Planeta, 1994). Por este último recibió el Premio Nacional de Periodismo Germán Arciniegas. Fue director de la *Revista Universidad de Antioquia* en el periodo 1985-1993.